

Mujer, naturaleza y ciencia

MARIA CRISTINA SALAZAR*

Pensemos en la asociación antiquísima que existe entre mujer y naturaleza, y que ha persistido en la cultura, el lenguaje y la historia de tantas sociedades. Es esa interrelación antigua la que simultáneamente surge en las últimas décadas en el movimiento ecológico y en el movimiento de liberación femenina. Encontramos en ellos una perspectiva igualitaria; las mujeres luchan por liberarse de limitaciones culturales y económi-

cas que las mantienen subordinadas a los hombres, en casi todo el planeta. Los ambientalistas nos alertan sobre las consecuencias irreversibles de la explotación ambiental continuada, y se está desarrollando una ética ecológica que enfatiza la íntima relación entre la naturaleza y el ser humano. Otro aspecto muy importante de la transformación cultural que estamos presenciando, al terminar este siglo, son las expresiones y vivencias de la espiritualidad de las mujeres que se fundamentan en una profunda convicción ecológica: la percepción

intuitiva de la unicidad de la vida, la interdependencia de sus múltiples manifestaciones, y sus ciclos de cambios y transformación.

Feminismo, espiritualidad y ecología

Una feminista (Spretnak 1982) ve en esas expresiones de espiritualidad una revelación del vínculo crucial entre feminismo, espiritualidad y ecología. Su principal enfoque es sobre la espiritualidad. Basándose a la vez en sus estudios sobre diversas tradiciones religiosas y su propia

* Socióloga, profesora del Departamento de Trabajo Social, Universidad Nacional.

experiencia de meditación budista, y en el conocimiento experiencial femenino, Spretnak ha explorado múltiples facetas de lo que ella denomina la "espiritualidad de las mujeres".

Según ella, los fracasos de la religión patriarcal se hacen cada día más evidentes, y a medida que el patriarcado disminuya, nuestra cultura evolucionará hacia formas muy diferentes de espiritualidad post-patriarcal. La espiritualidad de las mujeres, con sus énfasis en la unidad de todas las formas del ser, y en los ritmos cíclicos de renovación de la vida, se concibe como dirigiendo el camino hacia esa nueva meta. Esta espiritualidad nace de la experiencia femenina de una íntima relación con los procesos esenciales de la vida; se fundamenta en la concepción de espiritualidad como una *actitud hacia la vida en la tierra*, y cuya expresión política está constituida por la percepción, manifesta-

ción y uso del poder que surge de esa misma actitud. En consecuencia, es profundamente ecológica y se acerca a la espiritualidad de los primeros habitantes de América, al Taoísmo, y a otras tradiciones espirituales que son afirmativas de la vida y espiritualmente orientadas hacia la Tierra.

No hay nada "natural" en la religión patriarcal, como lo argumenta convincentemente, Spretnak, haciendo referencias múltiples a la literatura arqueológica y antropológica. Se trata de una invención relativamente reciente, precedida por más de veinte millones de religiones basadas en deidades femeninas en culturas matrifocales. Muestra cómo los mitos griegos clásicos, relatados por Hesíodo y Homero en el siglo séptimo antes de Cristo, reflejan la lucha entre la cultura matrifocal y la nueva religión patriarcal y el orden social, y cómo la mitología de la deida (femenina) pre-helénica se

distorsionó y cooptó en el nuevo sistema. También señala que las varias deidades adoradas en lugares diversos de Grecia deben ser vistas como formas derivadas de la Gran Diosa, la divinidad suprema durante milenios en la mayor parte del mundo.

Spretnak ve la espiritualidad de las mujeres como el vínculo crucial entre el feminismo y la ecología. Concibe el término "ecofeminismo" para describir la aleación de los dos movimientos y destacar las profundas implicaciones de la conciencia feminista en el nuevo paradigma ecológico. Explora con algún detalle las significaciones espirituales y políticas de la habilidad de la mujer para "pensar mediante el cuerpo". En su libro *The Politics of Women's Spirituality*, habla de las experiencias inherentes a la sexualidad femenina, embarazo, parto y maternidad, como "parábolas corporales" de la esencial interrelación de todo



Derechos para todos los seres vivos del ecosistema.

lo viviente y del arraigo de toda existencia en los procesos cíclicos de la naturaleza. También cuestiona las percepciones e interpretaciones patriarcales de las diferencias entre los sexos y cita investigaciones recientes sobre las distinciones psicológicas reales entre hombres y mujeres, por ejemplo, el predominio de la percepción contextual y de habilidades integradoras en las mujeres, frente a la prevalencia de capacidades analíticas en los hombres.

De todo lo anterior es posible reconocer el pensamiento femenino como una manifestación del pensamiento holístico, contrario al reduccionismo positivista, y el conocimiento experiencial femenino como una fuente principal para la emergencia del paradigma ecológico. Qué interesante sería relacionar estas interpretaciones con las culturas arcaicas de nuestro continente, tener contacto con la inteligencia de sus primeros habitantes de expresión tan rica como bella y misteriosa, donde los mitos y las deidades femeninas se relacionaban con el agua y el sol y la luna, con la fertilidad, la medicina y el tejido, con la miel y la benevolencia, en fin, con la vida misma (Rivera Dorado 1985).

La evolución de la ciencia

Así, la antigua identidad de la naturaleza como madre nutriente vincula la historia de las mujeres con la historia del ambiente y el cambio ecológico. Las cosmovisiones de diferentes sociedades han girado alrededor de imágenes femeninas de la tierra y de la naturaleza, sobre todo antes de la revolución científica. Pero desde entonces la explotación de la naturaleza ha ido de la mano con la explotación de la mujer.

Pues vivimos en un mundo caracterizado en buena parte por la herencia que nos transmitieron Newton y Leibnitz, no obstante los avances de la ciencia del siglo XX, en especial la relatividad y la teoría cuántica, ya que nuestra realidad está marcada por el mundo de la física clásica. El legado de Newton (la síntesis de la mecánica terrestre de Galileo y la astronomía Copér-

nico-Kepleriana), y el de Leibnitz (la dinámica, como base para la ley general de la conservación de la energía), contribuyen ambos a la descripción del universo y se extienden a su totalidad. La física clásica y su filosofía estructuran nuestra percepción de un mundo compuesto de partes atómicas; de cuerpos inertes que se mueven a velocidad uniforme, por caminos lineales y rectos; de objetivos vistos por la luz que frecuencias variadas reflejan; y de la materia en movimiento como responsable de los colores, aromas, sonidos y demás efectos sensoriales que apreciamos como seres humanos. Dentro de estos parámetros transcurren nuestras vidas, sin que nos cuestionemos críticamente sobre sus orígenes o sobre los valores que se asocian a ellos.

Esas premisas fueron parte de la gran transformación que se operó en la ciencia entre 1500 y 1700. En esos doscientos años, fue reemplazado un punto de vista "natural" acerca del universo por la postulación de leyes no nacidas de la experiencia; la percepción "natural" de un planeta geocéntrico fue reemplazada por el hecho heterodoxo de un universo heliocéntrico infinito. Y fue sustituida igualmente una economía de subsistencia, donde los recursos, los bienes, el dinero y el trabajo eran intercambiados por mercancías, por un proceso de acumulación de ganancias en un mercado capitalista internacional. Cambios que han sido interpretados por otra feminista como una "muerte de la naturaleza": la naturaleza viviente, animada, murió, mientras se dio vida a la moneda, sustancia muerta, sin animación (Merchant 1979).

Crecientemente, en los siglos subsiguientes, el capitalismo y el mercado asumirían los atributos orgánicos propios de los seres vivos: crecimiento, fuerza, actividad, fertilidad, debilidad, decadencia y colapso, mistificando por el camino las nuevas relaciones sociales de producción y reproducción que posibilitan el actual crecimiento económico. En este proceso; la naturaleza, las mujeres, los grupos étnicos y sociales como los negros, los indígenas, los campesinos, los

obreros, los jornaleros, están colocados en una nueva posición: la de ser recursos "naturales" y humanos sobre los cuales se basa el sistema mundial. Y todo ello se ha hecho, irónicamente, en nombre de una Razón, la instrumental.

Junto con esta concepción mecanicista del universo se sintió el impacto del espíritu baconiano y de renacientes valores patriarcales en el desarrollo de la ciencia moderna y de la tecnología. Si antes el objeto de la ciencia era comprender el orden natural y convivir con él en armonía, en el siglo XVII se convirtió en finalidad de la ciencia el adquirir dominio y control sobre la naturaleza. Por lo cual, siguiendo esta tradición, la ciencia moderna se ha ido desvirtuando y perdiendo su norte hasta llegar a ser peligrosa y profundamente antiecológica.

En la segunda mitad del siglo XVII, mujeres inglesas (y otras) de la aristocracia comenzaron a reaccionar frente a los avances económicos y educativos de los hombres, viendo que sus propias oportunidades habían estado muy restringidas. Señalaron que las diferencias en los logros entre los dos sexos no provenían de una capacidad intelectual inferior de la mujer, sino de diferencias en la socialización y en las oportunidades de educación. Pedían que se les permitiera estudiar filosofía, idiomas, cuidados médicos, y contabilidad; y que se les enseñara a escribir. Su ideal sobrepasaba el enfoque moralista que había caracterizado la educación de la mujer en el Renacimiento: las virtudes cristianas, la castidad y la lectura de la biblia.

Aunque siempre hubo entre la nobleza mujeres educadas, que incluso contribuyeron a la ciencia y a las matemáticas desde períodos muy tempranos, la "mujer científica" fue un producto de la revolución científica. El caso de Margaret Cavendish, duquesa de Newcastle, es de mucho interés. Escribió catorce tratados científicos, entre 1653 y 1671, sobre átomos, la materia y el movimiento, las mariposas y las moscas, los lentes de aumento, los mundos distantes y la infinitud. Naturalmente que sus conocimientos eran eclécticos e inconsistentes, como ella misma lo reconocía, por

su carencia de educación formal. Pero fue muy consciente del drama de las mujeres de su clase, como se ve en esta cita de 1653:

«A las mujeres» se nos aleja de todo poder y autoridad en nombre de la Razón; no se nos emplea en asuntos civiles o militares; nuestros consejos no se escuchan y son ridiculizados; las mejores de nuestras acciones son objeto de burla por parte de los hombres que se nutren de su arrogancia y nos miran con desprecio.

La duquesa fue crítica del empirismo y desarrolló una posición filosófica materialista; en sus fantasías, poemas y escritos voluminosos, representa una de las primeras perspectivas explícitamente feministas sobre la ciencia. Después de ella, en el siglo XVIII se hicieron intentos por educar a las mujeres en la ciencia newtoniana; a veces, sin embargo, más con la intención de hacer de ellas buenas conversadoras de salón que investigadoras o científicas.

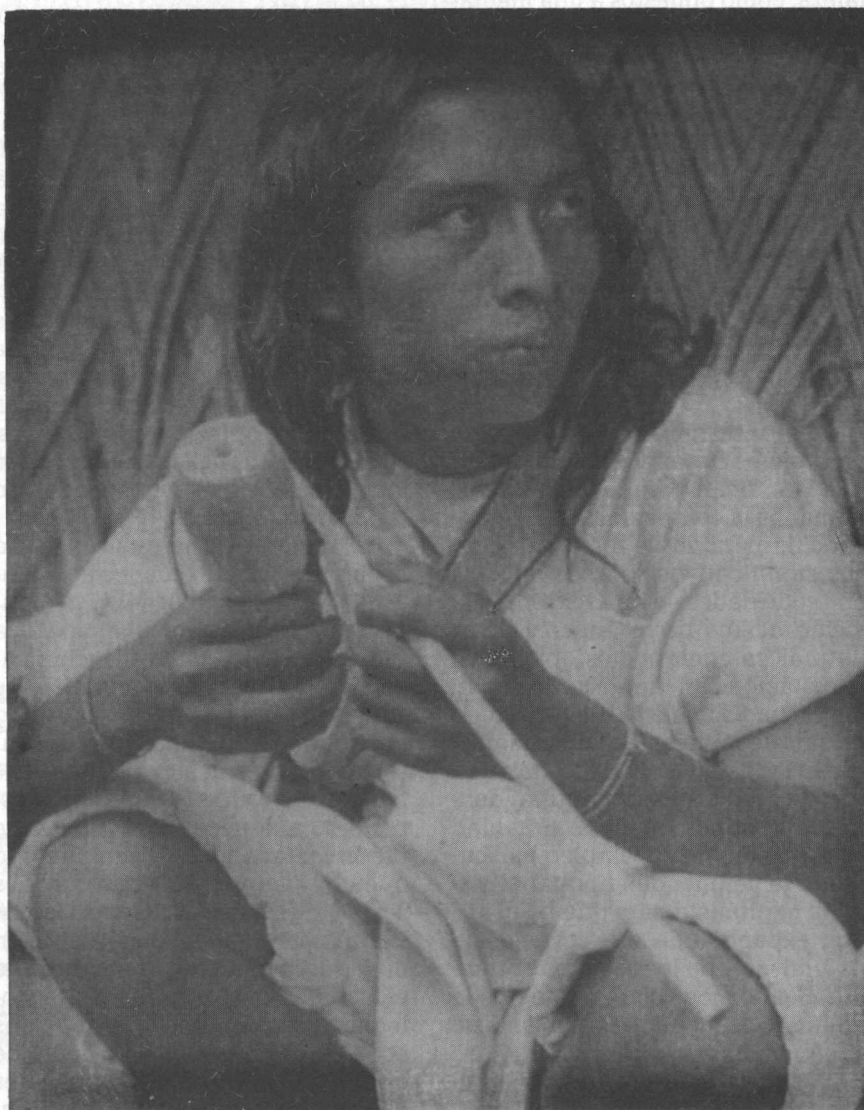
A pesar del trabajo de historiadores y filósofos de la ciencia, en la comunidad científica se asume ampliamente que la ciencia moderna es conocimiento objetivo, libre de valores y que no tiene limitaciones contextuales. Mientras más puedan reducirse las ciencias a este modelo mecanicista, mayor su legitimidad como ciencias. De aquí que la jerarquía reduccionista de la validez de las ciencias propuestas inicialmente por Augusto Comte en el siglo XIX, todavía tenga amplia aceptación entre los científicos, siendo las ciencias más matemáticas y más teóricas, las que ocupan la posición más venerable.

Holismo: ecología y feminismo

Nos parece que uno de los ejemplos sobresalientes de holismo lo proveen hoy la ciencia de la ecología y algunas expresiones del feminismo. La ecología, aunque relativamente nueva como ciencia, se basa en esa filosofía de la naturaleza, el holismo, que por el contrario viene de mucho tiempo atrás. Históricamente, las suposiciones holísticas de la naturaleza han sido asumidas por comunidades que han logrado vivir

en equilibrio con el ambiente (entre otros, los mayas, los moches, los incas, los arawaks y sus sucesores en el Vaupés) (Rivera Dorado 1985; Reichel-Dolmatoff 1968). En ellas aparece la idea de procesos cíclicos, de interrelaciones entre todos los seres vivos, y el supuesto de que la naturaleza como madre nutriente es viva y activa. Por lo mismo ningún elemento de un ciclo interrelacionado puede ser removido sin que éste sufra un colapso. Las partes mismas derivan su significado del conjunto. Cada parte se define por el contexto y depende de él. El ciclo mismo es una relación interactiva, dinámica, de todas sus partes, y el

proceso es una continua relación dialéctica entre la parte y el todo. La ecología necesariamente debe considerar las complejidades de la totalidad. No puede aislar las partes en sistemas simplificados que puedan ser estudiados en un laboratorio porque tal aislamiento significaría distorsionar la totalidad. Al señalar el rol esencial de cada elemento en un ecosistema, la ecología propone un nivelamiento de la jerarquización de valores. Cada parte contribuye con similar valor al sano funcionamiento del conjunto. En consecuencia, todos los seres vivos como partes de un ecosistema viable tienen derechos.



Mujer-naturaleza: una relación íntima con los procesos esenciales de la vida.

La visión del futuro

Esto significa que el movimiento ecológico ha vuelto a despertar interés en valores y conceptos asociados históricamente con las visiones premodernas orgánicas del mundo. El modelo que guía al movimiento ecológico y su ética posibilitan una interpretación fresca y crítica del surgimiento de la ciencia moderna en el período crucial cuando el cosmos dejó de ser visto en esa forma. La visión del movimiento ecológico ha consistido también en restaurar el balance de la naturaleza, roto por la industrialización y la sobrepoblación. Ha insistido en la necesidad de vivir dentro de los ciclos de la naturaleza, como opuestos a una mentalidad explotadora, lineal, del progreso. Enfoca los costos y limitaciones que conlleva el crecimiento económico, las deficiencias y peligros del desarrollo tecnológico, y la urgencia de la conservación y reciclamiento de los recursos naturales. La ecología es considerada por algunos como ciencia subversiva precisamente por su crítica de las consecuencias del crecimiento incontrolado que se asocia con el capitalismo.

En forma similar, el movimiento de mujeres ha expuesto los costos que significan para todos los seres humanos la competencia en el mercado, la pérdida de roles económicos significativos para las mujeres en sociedades capitalistas, y la visión acerca de la mujer y de la naturaleza como meros objetos de explotación. En América Latina el feminismo socialista y multitud de grupos de mujeres que pregonan la "ciencia para el pueblo" trabajan por el cambio social y cultural dentro de la óptica de lograr igualdad en las opciones de empleo masculino y femenino, de reformar el sistema capitalista para que no continúe expandiéndose a costa de la naturaleza y de los sectores oprimidos. Se reconoce claramente que la igualdad económica en sí misma no es equivalente a la liberación social. Y hay que destacar que esto significa ir más allá de los diversos socialismos que luchan por esa igualdad económica.

Como las mujeres indígenas de Bolivia en este siglo, que durante la guerra del Chaco se organizaron para la defensa y protección de la vida, y para fortalecer sus prácticas de resistencia cultural y social (Rivera *et al.* 1986), miles de mujeres de diferentes etnias y sociedades lo han hecho para confrontar la opresión y luchar contra la injusticia, y para buscar el equilibrio con la naturaleza. En toda América Latina las mujeres se inspiran en viejas tradiciones andinas para escribir la nueva historia de nuestras sociedades: conciben el conocimiento y la historia como un tejido, por tanto hay que reconocer la trama, la urdimbre, la textura, y los modos de relaciones en la producción y en la reproducción, y saber del envés y del revés, del valor y significación de la filigrana en cada intento de análisis social. Se trata de leer en el libro de la vida, atrapar las imágenes venidas a la memoria de nuestras madres y abuelas de manera fulgurante antes de que vuelvan a perderse en la noche del silencio. Se trata de buscar las raíces de nuestra identidad como mujeres que emergen de la noche del pasado a través de la memoria y de la imagen de otras mujeres del pueblo: indígenas, negras, campesinas, obreras, amas de casa, empleadas domésticas, estudiantes, trabajadoras. Estas son las tareas que nos corresponden en las ciencias sociales.

La "muerte de la naturaleza" se ha hecho muy visible con los accidentes de reactores nucleares y con tragedias como las de Bhopal en la India, donde los intereses y la imagen de las grandes compañías se sitúan por encima de la seguridad inmediata de la gente y de la conservación de nuestro planeta. Las mujeres en todo el mundo han respondido a la necesidad urgente de preservar la calidad del ambiente, lo que significa adoptar nuevos modos sociales; gestar procesos de descentralización y formas de organización no jerárquicas, asumir modos de vida sencillos, exigir menos tecnologías contaminantes, y métodos económicos intensivos en mano de obra y no en capital. Las mujeres han comprendido que la distribución futura de recursos y energía entre comunidades deberá basarse

en la integración de ecosistemas humanos y naturales. Y saben que tal reestructuración de prioridades puede ser crucial si han de sobrevivir los seres humanos y la naturaleza.

Estos dos movimientos pueden sugerir nuevos valores y estructuras sociales, basados no en la dominación de la mujer y de la naturaleza como recursos, sino en el mantenimiento de la integridad ambiental. No desconocemos que se trata de movimientos disímiles, pero cuya convergencia histórica en estos años no puede verse como simplemente casual. Abren caminos hacia el porvenir cuyas características quizá aún no podemos percibir. La conciencia feminista y la ecológica pueden ayudarnos a examinar las relaciones históricas entre mujer y naturaleza que se han desarrollado hasta hoy.

Sin vacilaciones, dentro del movimiento de mujeres, tenemos que continuar en la amplia búsqueda de soluciones a los problemas de la existencia, procurando fórmulas idóneas para ordenar la convivencia entre todos los hombres y mujeres, cualquiera sea su origen, para subsistir materialmente en ecosistemas y situaciones dignas de la condición humana, para vencer la enfermedad y el hambre, la tristeza y el miedo. Cada una de nosotras está llamada a aportar a esta inmensa tarea que ya han emprendido millares de mujeres en todo este planeta hasta convertirlo en un mundo verdaderamente bigenérico y justo.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Capra, F. 1982. El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente. Integral. Barcelona.
- . 1988. Uncommon Wisdom. Simon and Schuster Inc. Nueva York.
- Cavendish, M. 1653. Poems and Fantasies. Martin and Allestrye. Londres.
- Jelin, E. (ed.) 1987. Ciudadanía e identidad: las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos. Unrisd. Ginebra.
- Merchant, C. 1980. The Death of Nature. Harper and Row. Nueva York.
- Reichel-Dolmatoff, G. 1968. Desana. Simbolismo de los indios tukano del Vaupés. Universidad de los Andes. Bogotá.
- Rivera Dorado, M. 1985. Los mayas de la antigüedad. Alhambra. Madrid.
- Rivera, S. *et al.* (Taller de historia oral andina). 1987. Mujer y resistencia comunitaria. En E. Jelin 1987. Ginebra.
- Smuts, J. C. 1926. Holism and Evolution. Macmillan. Nueva York.
- Spretnak, Ch. (ed.) 1982. The Politics of Women's Spirituality. Anchor Press. Nueva York.